

COLECCIÓN
Los siete mares
serie azul

Edgar Allan Poe

El Cuervo

Traducción: Juan Antonio Pérez Bonalde

Ilustración: Gustave Doré

República Bolivariana de Venezuela
Fundación Editorial
FEFO
elperroylarana

poesía
12 años...



República Bolivariana de Venezuela

Fundación Editorial



elperroylarana

1ª Edición digital, 2016

© Edgar Allan Poe

© Traducción: Juan Antonio Pérez Bonalde

© Fundación Editorial El perro y la rana

Centro Simón Bolívar, Torre norte, piso 21, El Silencio.
Caracas-Venezuela, 1010.

Teléfonos: (58-0212) 7688300 - 7688399.

Correos electrónicos

atencionalescritorfepr@gmail.com

comunicacionesperroyrana@gmail.com

Páginas web

www.elperroylarana.gob.ve

www.mincultura.gob.ve

Redes sociales

Facebook: Editorial perro rana

Twitter: @perroyranalibro

Diseño de colección

Mónica Piscitelli

Tratamiento de las imágenes de Gustavo Doré

David Dávila

Edición

Katherine Castrillo

Diagramación

David Dávila

HECHO EL DEPÓSITO DE LEY

DEPÓSITO LEGAL IF40220108002600

ISBN 978-980-14-1136-9

Edgar Allan Poe

El Cuervo

Traducción: Juan Antonio Pérez Bonalde

Ilustrado por Gustave Doré

Presentación

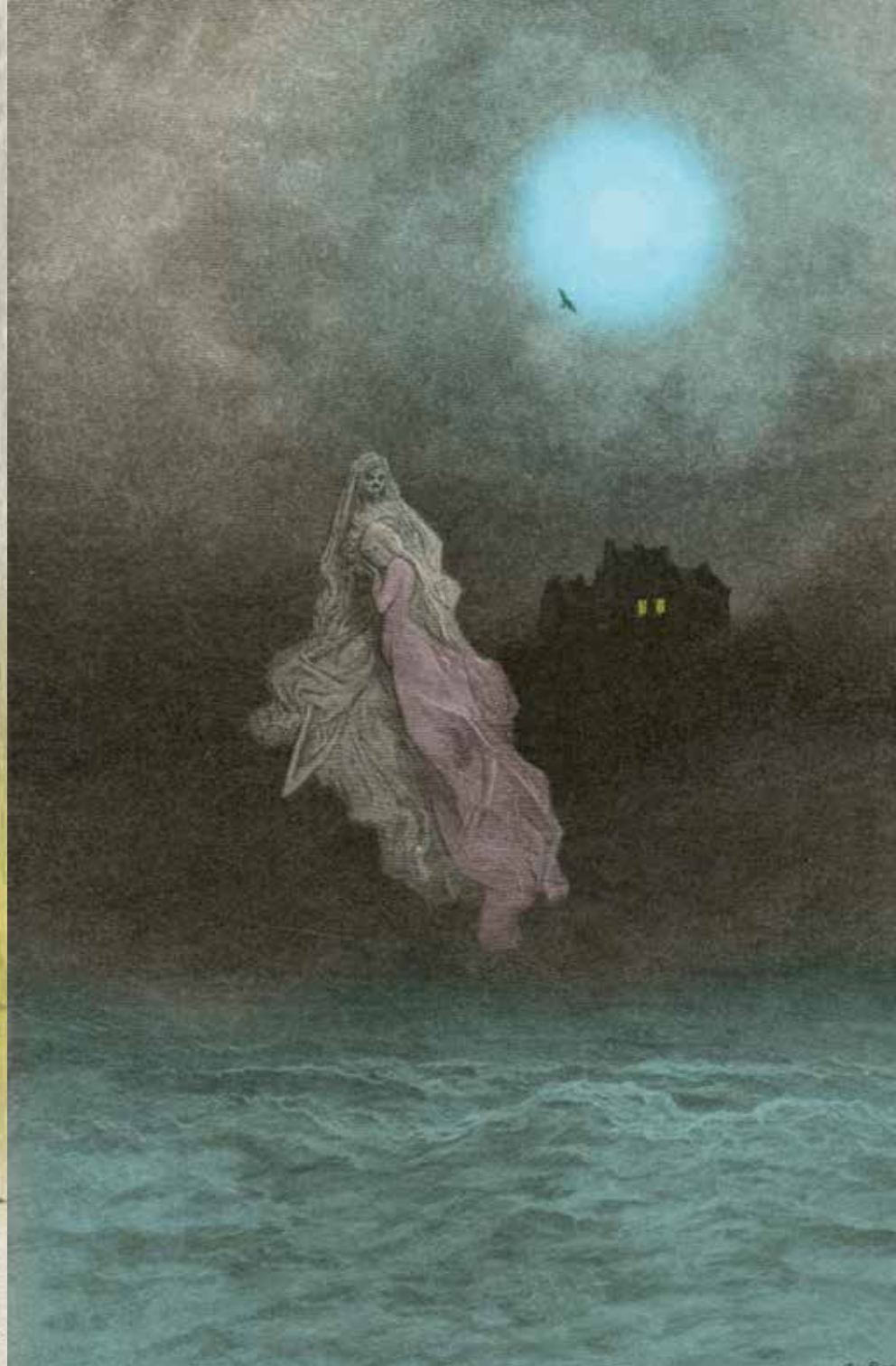
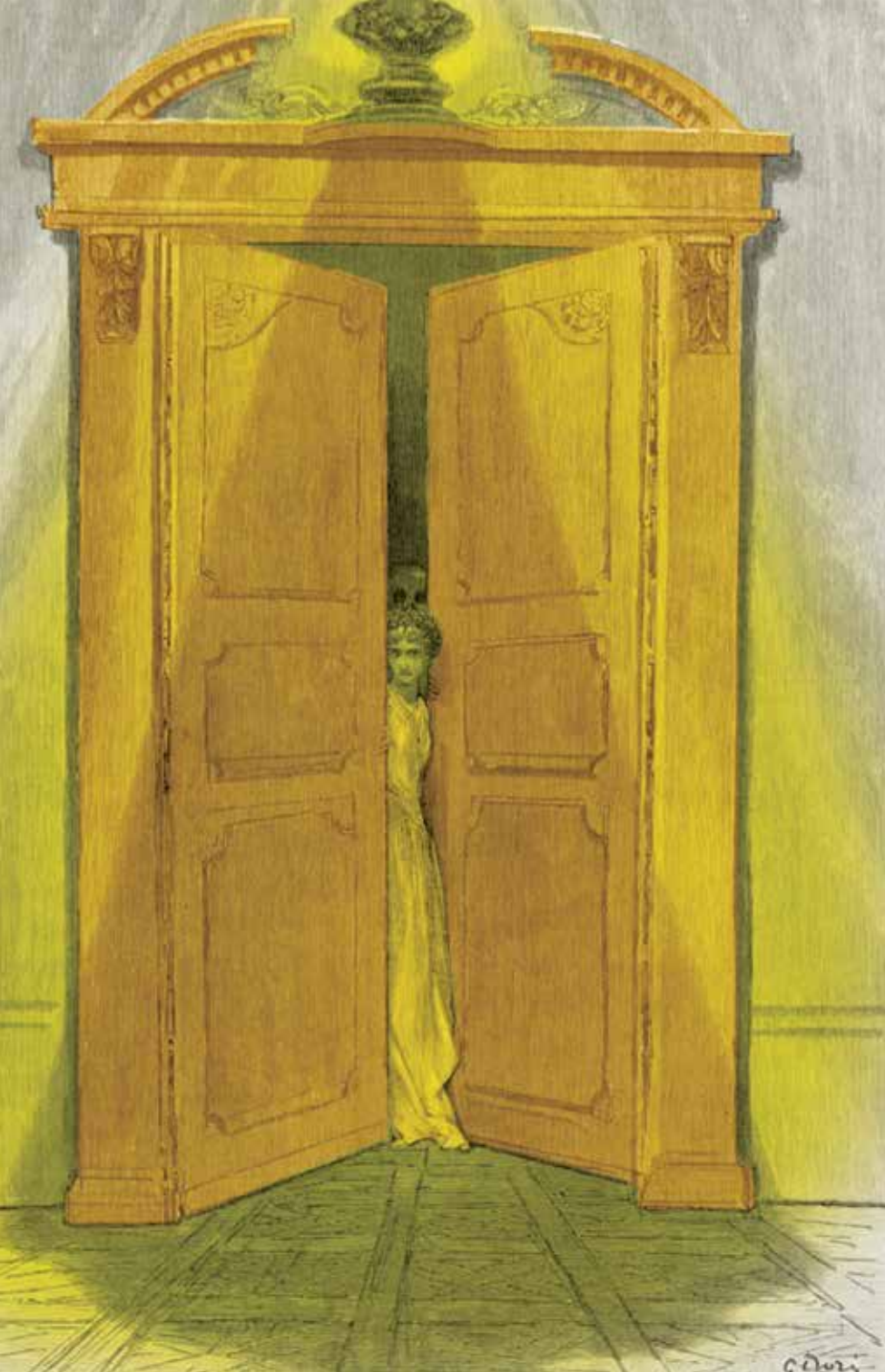
Es tierra larga la imaginación de un niño, mar eterno, sueño a párpados alzados, camino infinito de hormigas que van alegres a perderse quién sabe en qué horizonte. Para los humanos nuevos es posible todo espectáculo, ellos –que vienen papel en blanco, agüita clara– permiten la definición de cualquier línea y de ella, para arriba y para abajo, se revela lo demás a buen paso. Una raya: la cuerda floja, y se atreven a correr desordenadamente sobre aquel batir de incertidumbre. Entonces para ellos debe ser la palabra magnífica, para sus oídos las voces que truenan desde los abuelos de la tierra, el genio grande que como manto de lluvia no da tregua al suelo seco.

Esta colección se asume barca de lo imposible y trae colores de todos los mares, viene a nutrir la imaginación de nuestros niños con obras que han marcado la infancia de muchas generaciones en los cinco continentes, textos que contribuyen al rescate de tradiciones culturales y a la celebración de lo otro.

La serie **Morada** (de 0 a 7 años) ofrece la palabra cándida y delicada a los más pequeños, los que recién han roto el cascarón y corren agitadamente procurando reconocer el entorno.

La serie **Roja** (de 7 a 12 años) concede su luz a los que procuran crear sus propios universos, a los que hurgan e investigan sobre las complejidades del mundo.

Y la serie **Azul** (de 12 en adelante) se alza como nave de aquellos que pronto se decidirán a abrir sus propios cielos y necesitan el embrujo de muchos cantos para permanecer soñando.





Una fosca medianoche, cuando en tristes reflexiones,
sobre más de un raro infolio de olvidados cronicones
inclinaba soñoliento la cabeza, de repente
a mi puerta oí llamar,
como si alguien, suavemente, se pusiese con incierta
mano tímida a tocar:
“¡Es —me dije— una visita que llamando está a mi puerta:
eso es todo y nada más!”

¡Ah! Bien claro lo recuerdo: era el crudo mes del hielo,
y su espectro cada brasa moribunda enviaba al suelo.
Cuán ansioso el nuevo día deseaba, en la lectura
procurando en vano hallar
tregua a la honda desventura de la muerta Leonora;
la radiante, la sin par
virgen rara a quien Leonora los querubes llaman, ahora
ya sin nombre... ¡nunca más!





Y el crujido triste, incierto, de las rojas colgaduras
me aterraba, me llenaba de fantásticas pavoras,
de tal modo que el latido de mi pecho palpitante
procurando dominar,
“¡Es, sin duda, un visitante —repetía con instancia—
que a mi alcoba quiere entrar:
un tardío visitante a las puertas de mi estancia...,
eso es todo, y nada más!”

Poco a poco, fuerza y bríos fue mi espíritu cobrando:
“Caballero —dije— o dama: mil perdones os demando;
mas, el caso es que dormía, y con tanta gentileza
me vinisteis a llamar,
y con tal delicadeza y tan tímida constancia
os pusísteis a tocar,
que no oí” —dije— y las puertas abrí al punto de mi estancia:
¡sombras sólo y... nada más!





Mudo, trémulo, en la sombra por mirar haciendo empeños,
quedé allí, cual antes nadie los soñó, forjando sueños;
más profundo era el silencio, y la calma no acusaba
ruido alguno..., resonar
sólo un nombre se escuchaba que en voz baja a aquella hora
yo me puse a murmurar,
y que el eco repetía como un soplo: ¡Leonora...!
esto apenas, ¡nada más!

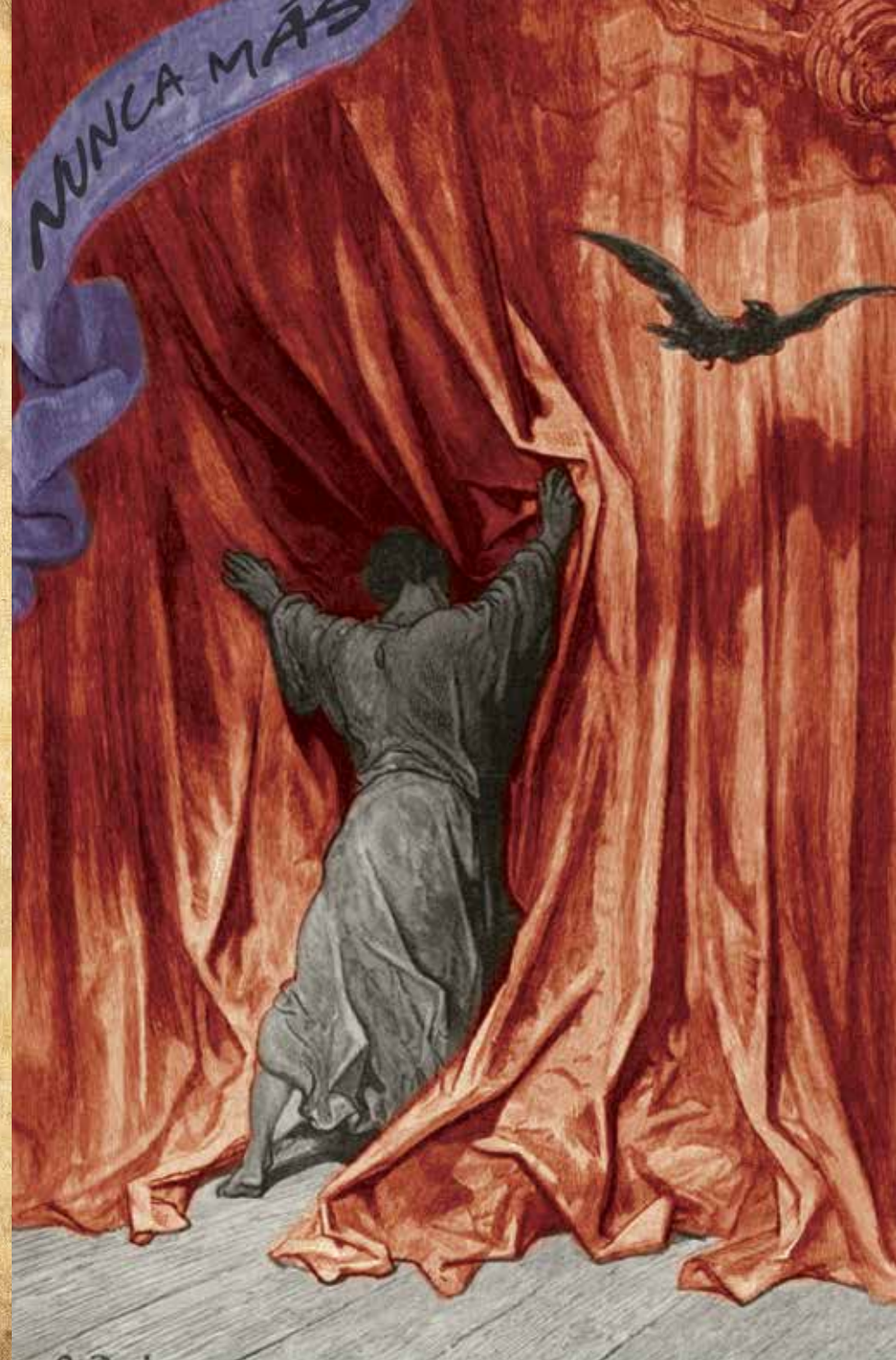
A mi alcoba retornando con el alma en turbulencia,
pronto oí llamar de nuevo, esta vez con más violencia.
“De seguro —dije— es algo que se posa en mi persiana,
pues, veamos de encontrar
la razón abierta y llana de este caso raro y serio,
y el enigma averiguar.
¡Corazón! Calma un instante, y aclaremos el misterio...
—Es el viento— y nada más!”





La ventana abrí, y con rítmico aleteo y garbo extraño,
entró un cuervo majestuoso de la sacra edad de antaño.
Sin pararse ni un instante ni señales dar de susto,
con aspecto señorial,
fue a posarse sobre un busto de Minerva que ornamenta
de mi puerta el cabezal;
sobre el busto que de Palas la figura representa
fue y posose —¡y nada más!

Trocó entonces el negro pájaro en sonrisas mi tristeza
con su grave, torva y seria, decorosa gentileza;
y le dije: “Aunque la cresta calva llevas, de seguro
no eres cuervo nocturnal,
viejo, infausto cuervo oscuro, vagabundo en la tiniebla...
Dime: ¿Cuál tu nombre, cuál
en el reino plutoniano de la noche y de la niebla?...”
Dijo el cuervo: “¡Nunca más!”





Asombrado quedé oyendo así hablar al avechucho,
si bien su árida respuesta no expresaba poco o mucho;
pues preciso es convengamos en que nunca hubo criatura
que lograrse contemplar
ave alguna en la moldura de su puerta encaramada,
ave o bruto reposar
sobre efigie en la cornisa de su puerta cincelada,
con tal nombre: “¡Nunca más!”

Mas el cuervo, fijo, inmóvil, en la grave efigie aquella,
sólo dijo esa palabra, cual si su alma fuese en ella
vinculada —ni una pluma sacudía, ni un acento
se le oía pronunciar...

Dije entonces al momento: “Ya otros antes se han marchado,
y la aurora al despuntar,

él también se irá volando cual mis sueños han volado.”

Dijo el cuervo: “¡Nunca más!”





Por respuesta tan abrupta como justa sorprendido,
“No hay ya duda alguna —dije— lo que dice es aprendido;
aprendido de algún amo desdichado a quien la suerte
persiguiera sin cesar,
persiguiera hasta la muerte, hasta el punto de, en su duelo,
sus canciones terminar
y el clamor de su esperanza con el triste ritornelo
de jamás, ¡y nunca más!”

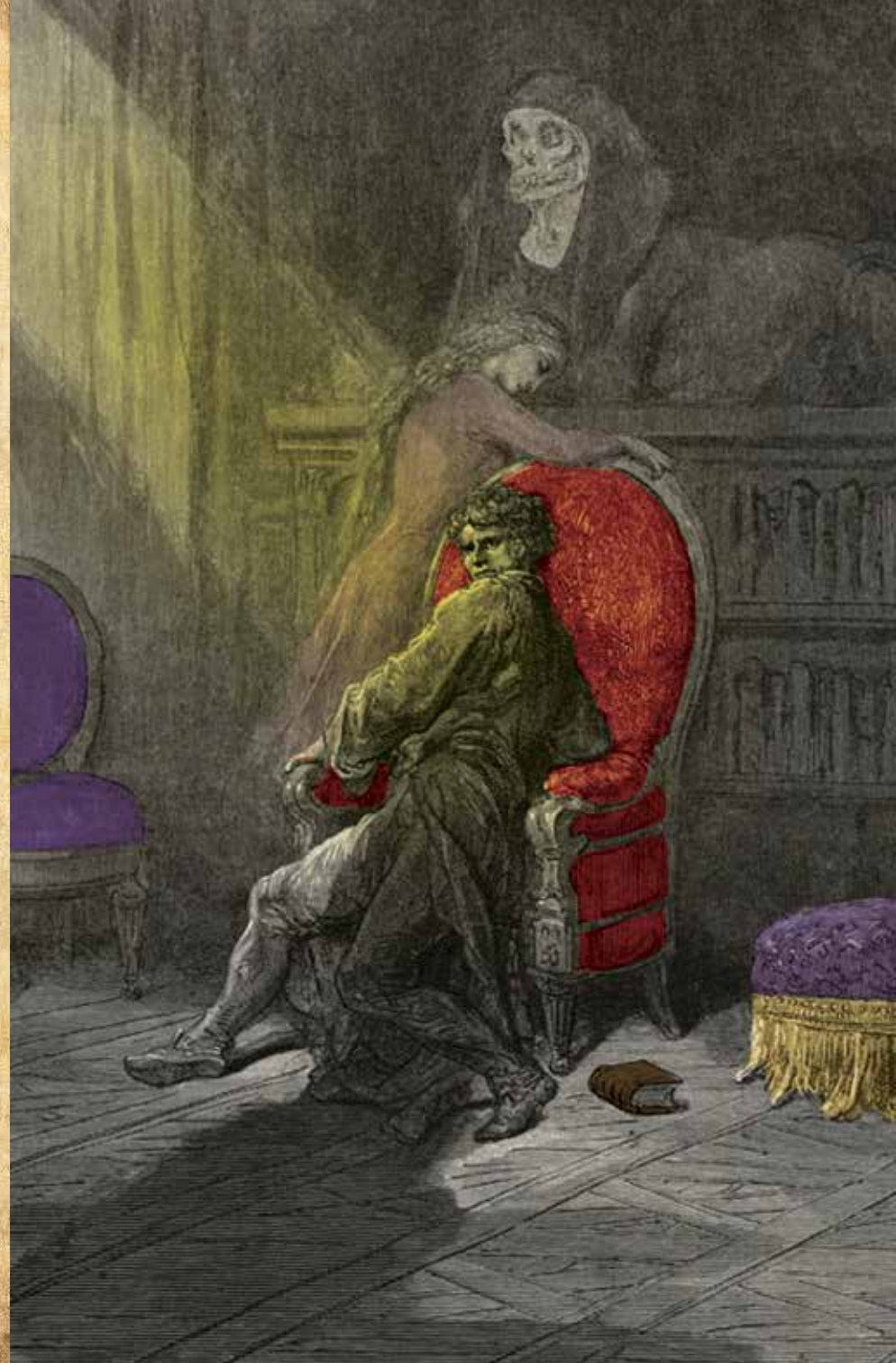
Mas el cuervo provocando mi alma triste a la sonrisa,
mi sillón rodé hasta el frente de ave, y busto, y de cornisa;
luego, hundiéndome en la seda, fantasía y fantasía
dime entonces a juntar,
por saber qué pretendía aquel pájaro ominoso
de un pasado inmemorial,
aquel hosco, torvo, infausto, cuervo lúgubre y odioso
al graznar: “¡Nunca jamás!”





Quedé a questo investigando frente al cuervo, en honda calma,
cuyos ojos encendidos me abrasaban pecho y alma.
Esto y más —sobre cojines reclinado— con anhelo
me empeñaba en descifrar,
sobre el rojo terciopelo do imprimía viva huella
luminosa mi fanal,
terciopelo cuya púrpura ¡ay! Jamás volverá ella
a oprimir ¡ah! ¡Nunca más!

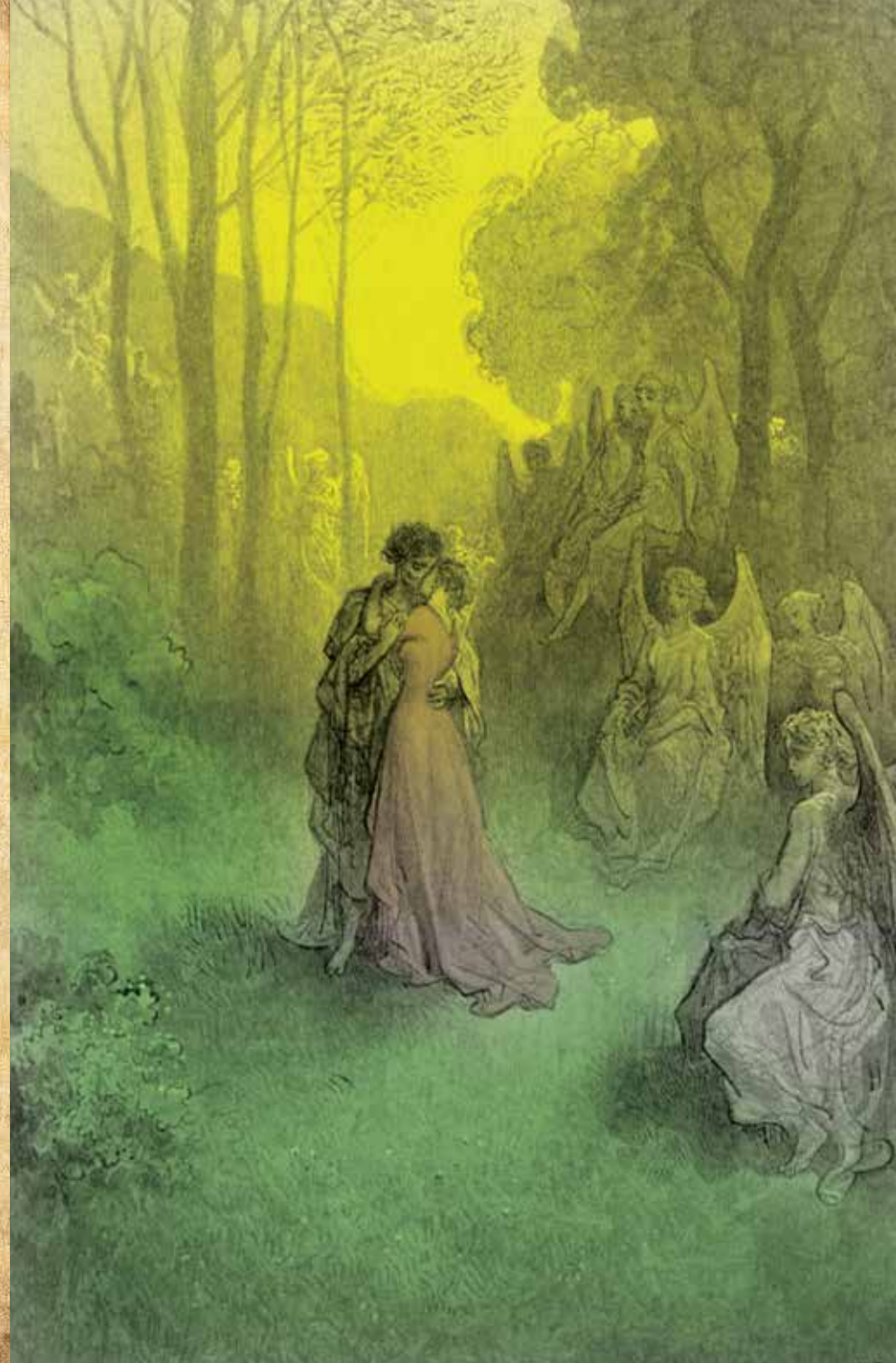
Pareciome el aire, entonces, por incógnito incensario
que un querube columpiase de mi alcoba en el santuario,
perfumado. “Miserable ser —me dije— Dios te ha oído,
y por medio angelical,
tregua, tregua y el olvido del recuerdo de Leonora
te ha venido hoy a brindar:
¡Bebe! Bebe ese nepente, y así todo olvida ahora.”
Dijo el cuervo: “¡Nunca más!”





“¡Oh, profeta —dije— o duende!, mas profeta al fin, ya seas
ave o diablo, ya te envía la tormenta, ya te veas
por los ábregos barrido a esta playa, desolado
pero intrépido, a este hogar
por los males devastado, dime, dime, te lo imploro:
¿llegaré jamás a hallar
algún bálsamo o consuelo para el mal que triste lloro?”
Dijo el cuervo: “¡Nunca más!”

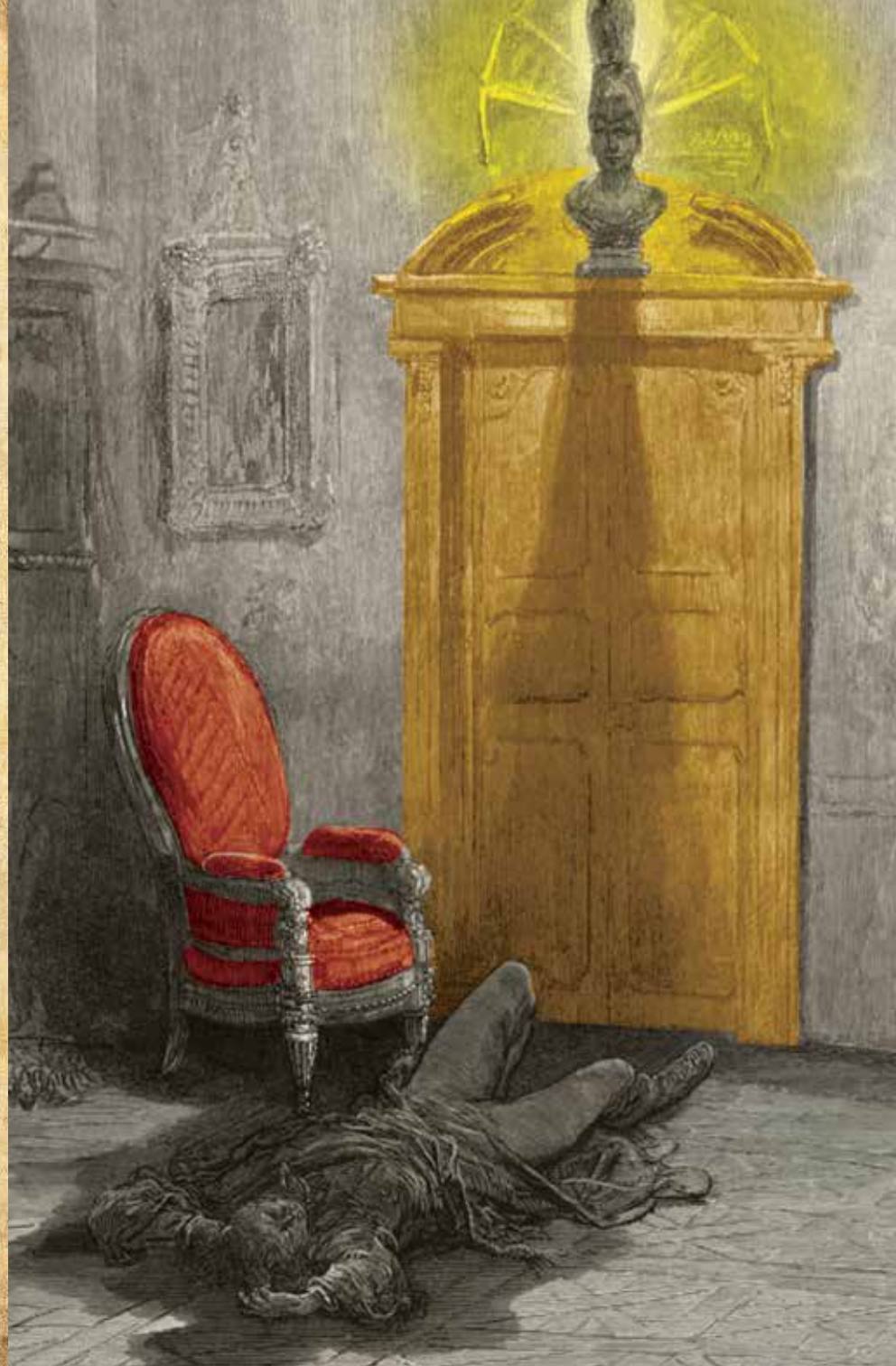
“¡Oh, profeta —dije— o diablo! Por ese ancho combo velo
de zafir que nos cobija, por el mismo Dios del Cielo
a quien ambos adoramos, dile a esta alma adolorida,
presa infausta del pesar,
si jamás en otra vida la doncella arrobadora
a mi seno he de estrechar,
la alma virgen a quien llaman los arcángeles Leonora!”
Dijo el cuervo: “¡Nunca más!”

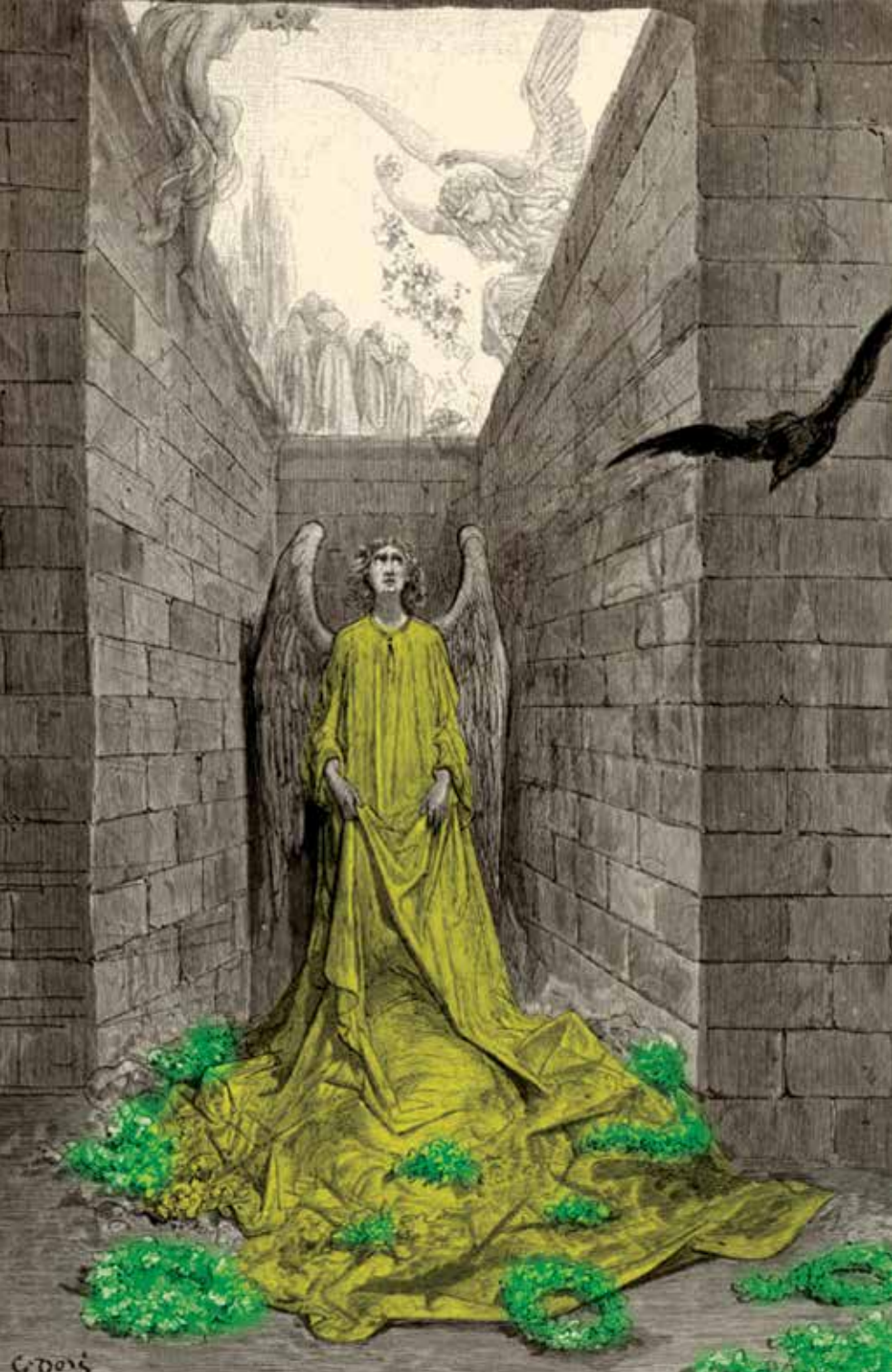




“Esa voz, oh cuervo, sea la señal de la partida
—grité alzándome—: ¡retorna, vuelve a tu hórrida guarida,
la plutónica ribera de la noche y de la bruma!...
¡De tu horrenda falsedad
en memoria, ni una pluma dejes, negra! ¡El busto deja!
¡Deja en paz mi soledad!
¡Quita el pico de mi pecho! ¡De mi umbral tu forma aleja!...”
Dijo el cuervo: “¡Nunca más!”

Y aún el cuervo inmóvil, fijo, sigue fijo en la escultura,
sobre el busto que ornamenta de mi puerta la moldura....
y sus ojos son los ojos de un demonio que, durmiendo,
las visiones ve del mal;
y la luz sobre él cayendo, sobre el suelo arroja trunca
su ancha sombra funeral,
y mi alma de esa sombra que en el suelo flota... ¡nunca
se alzaré..., nunca jamás!





EDICIÓN DIGITAL
SEPTIEMBRE DE 2016
CARACAS · VENEZUELA



El Cuervo

Brisa nocturna golpea la puerta de los jóvenes lectores, alguien llama, se trata de este poema-granzido. Estamos ante un relato lúgubre, la historia de un hombre atormentado por el recuerdo de Leonora, virgen rara que ha muerto. Los días monótonos, oscuros y solitarios de este hombre se ven en riesgo cuando un batir de puertas por el viento, o quizá el llamado de algún ser remoto desvelen sus reflexiones. La traducción que presentamos a continuación es considerada la mejor adaptación del original en inglés al español, y fue realizada por uno de los más importantes intelectuales venezolanos: Juan Antonio Pérez Bonalde. Esta pieza responde en rima a la semántica del poema en lengua original y sus imágenes son guarecidas gracias al genio del escritor venezolano.

EDGAR ALLAN POE (ESTADOS UNIDOS, 1809-1849)

Considerado el maestro del relato de misterio y detectivesco, Allan Poe se destacó ampliamente en la novela, la narrativa, la poesía y la crítica literaria. Huérfano desde temprana edad, fue acogido por un matrimonio que se encargó de su educación. Su trabajo literario lo desarrolló en colaboración con diversos medios impresos en los cuales se dedicó a la crítica, la realización de reseñas y la publicación de varios de sus relatos. Como cuentista su fama se extendió por todo Estados Unidos, y le valió el reconocimiento y reputación con los cuales se hizo camino, llegando a ser jefe de redacción de un conocido periódico de Nueva York.

GUSTAVE DORÉ (FRANCIA, 1832-1883)

Ilustrador francés. Sus impecables grabados colmaron los espacios de importantes obras literarias. Dos de sus más grandes trabajos han sido las ilustraciones de la *Biblia* y *Don Quijote de La Mancha*.

